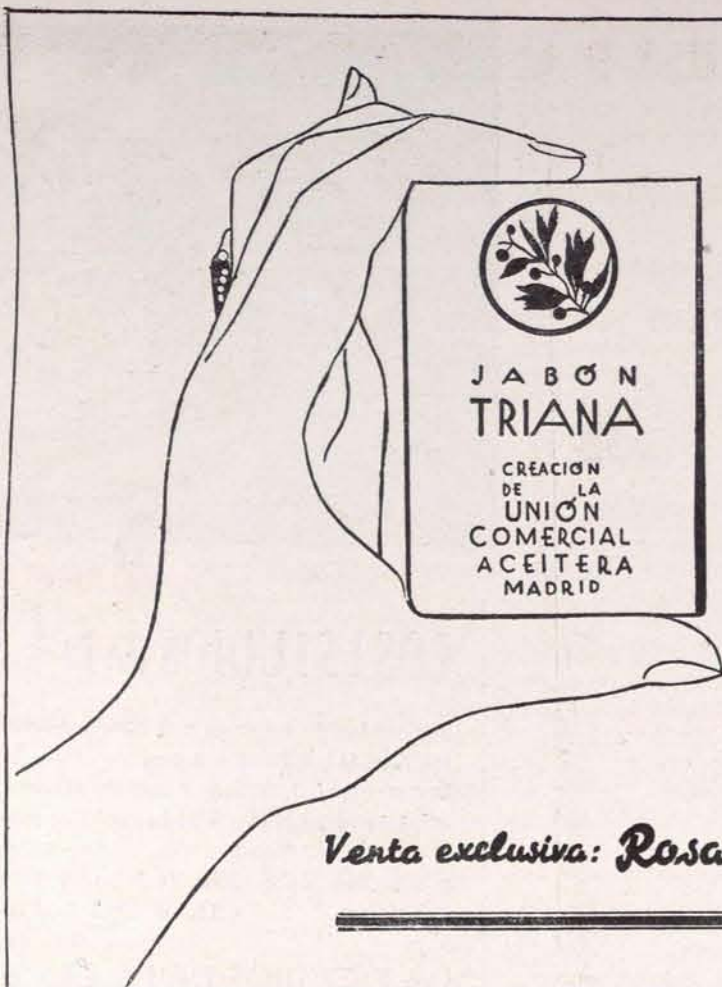


mos. El uno, de afuera adentro, en el que se nos va amueblando el interior con todas las imágenes de lo que hemos visto fuera cuando hemos puesto atención, y hemos aprendido a mirar y a enterarnos de lo que tenemos delante. El otro, de dentro afuera, en el que al dibujar devuelve al mundo exterior, asimilada ya, la imagen que se nos entró anteriormente.

«Nadie piensa—dice Barrés—más que con la pluma en la mano, y es que al ir tratando de exponer y de expresar los pensamientos nos vemos obligados a darles una forma y una precisión que no hubieran tenido de haberlos limitado a pensar o a creer que los pensamos. De la misma manera vemos mucho más cuando tratamos de expresar, representando, dibujando en un papel aquello que hemos visto; sólo entonces podemos darnos cuenta de que no hemos visto las cosas con la atención que creíamos, y podemos, en consecuencia, remediarlo y tratar de verlas mejor. La imagen, siempre la imagen, es algo que vemos, y es algo también que creemos. La función de imaginar es tanto la función de convertir en imagen, en poesía, lo que vemos, como la de crear imágenes que expresen lo que vimos entre la una y la otra. Entre esas dos operaciones esenciales está lo vivo, está la vida entera.

La vida es gozo siempre. El aprendizaje de las cosas nos cuesta dolor, más que por la dificultad misma de aprender, porque los procedimientos pedagógicos no suelen llevar el curso de la vida, suelen ir contra corriente, y de ahí la sensación de angustia y contrariedad que nos hace aborrecer con gran frecuencia todo lo que sea enseñanza.

La Pedagogía de la imagen traslada las horas de clase a las horas de recreo, porque imaginar es realmente re-crear. Y conocer por la imagen es un verdadero recreo. El sentido común resuelve así uno de los problemas más profundos, más fecundos y vitales.



**JABÓN TRIANA**  
CREACION DE LA UNION COMERCIAL ACEITERA (SALGADO. S. A.)  
**JABÓN TRIANA**

Fabricado exclusivamente con el finísimo aceite puro de oliva UCA, elaborado dentro de los más modernos procedimientos de fabricación.

La pureza de sus aceites, su agradable y persistente perfume y su abundante espuma, hacen del JABÓN TRIANA el preferido de toda persona distinguida.

INDISPENSABLE A TODO CUTIS DELICADO  
INSUSTITUIBLE EN TODO BUEN TOCADOR

*Venta exclusiva: Rosalia de Castro, 36-Fuencarral, 88*

## TRES MUJERES, TRES DESTINOS

Violette Nozieres, Arlette Stawisky y Tilley Switz

Tres mujeres jóvenes y hermosas han pasado la Navidad en las cárceles francesas, sometidas a los tribunales del crimen de aquel país. Sus procesos han interesado al mundo, sus nombres han llegado a todos los rincones, en todas partes se ha discutido la responsabilidad que pueden o no tener.

Violette Nozieres, Arlette Stawisky y Marjorie Tilley Switz integran el tristemente célebre trío. De origen diverso, de educación distinta, acusadas una de parricidio, otra complicada en grandes estafas, la última de espionaje; acostumbradas unas a las miserias, otras a la opulencia, el destino les ha puesto el común denominador de la justicia del crimen y las somete, uniformemente, al juicio de los hombres.

### Impasibilidad de una.

De las tres acusadas, sólo sobre una se ha dictado el fallo, y la pena ha sido de muerte. El telégrafo registró hace apenas dos días la conmutación de la pena por reclusión perpetua, firmada por el presidente Lebrun. La noticia no tuvo el menor efecto sobre la joven de diecinueve años, marcada por la vida de privaciones, llevada al crimen por las condiciones de su existencia. Violette Nozieres ha sentido la proximidad de la guillotina sin el sobresalto del miedo y la ha alejado sin el estremecimiento de la felicidad. Sin duda alguna, la vida es más dura y más penosa que la muerte.

### Ternura de otra.

Arlette Stawisky ha defendido su posición ante el tribunal con una sola frase: "Si la ternura es un delito, entonces soy

culpable." Envuelta en la aureola deslumbrante de joyas y millones, después de una vida millonaria, Arlette Stawisky, figura de primer plano en el "affaire" mundialmente famoso que perturba la vida pública, económica y social de Francia; que voltea gabinetes y provoca acusaciones y suicidios, que le quita la vida a su marido, que hunde en la miseria a miles de familias, soporta la cárcel y el proceso alegando su inmenso amor al esposo y a los hijos.

### Matan lo que aman.

Mientras aquella Violette Nozieres vive en la miseria, esta Arlette Stawisky deslumbra en los salones. Para la primera, el champaña es lo que nunca podrá beber, para la segunda es lo que no podrá dejar. Contrapuestas en el fondo oscuro de la vida parisién, en ambientes opuestos; conducidas por afanes contrarios, alcanzando una lo que la otra no logra sino en sueños, ambas mujeres, jóvenes y hermosas, comparecen ante los tribunales, habiendo perdido idénticamente lo que amaban. Se cumple el destino previsto por Wilde: "Cada uno mata lo que ama:

### TRISTE FAMA

el más cobarde, con un beso; el más valiente, con la espada."

Para una, la pena de muerte, que acaba de serle conmutada. Para la otra, la posibilidad de libertad provisoria, que acaba de ser perdida.

Junto a ellas, y como ellas envuelta en la atmósfera escandalosa del delito, está Marjorie Tilley, sobre la que pesa la acusación de espionaje; norteamericana de origen, pero educada en el más aristocrático colegio francés.

Tres mujeres, tres delitos, tres rumbos orientados en forma absolutamente distinta, tres temperamentos femeninos obedeciendo a sugerencias y accidentes de educación y fortuna dispares.

Un solo ambiente las ha cercado a las tres ahora. Una misma justicia las juzga y las condena. Una misma fama, extendiéndose por el mundo, las presenta ante sus contemporáneos: celebridad desgraciada y triste, más desgraciada y más triste porque son mujeres las tres, jóvenes, hermosas y, acaso, no son delincuentes...

**FEDERO**

SASTRE

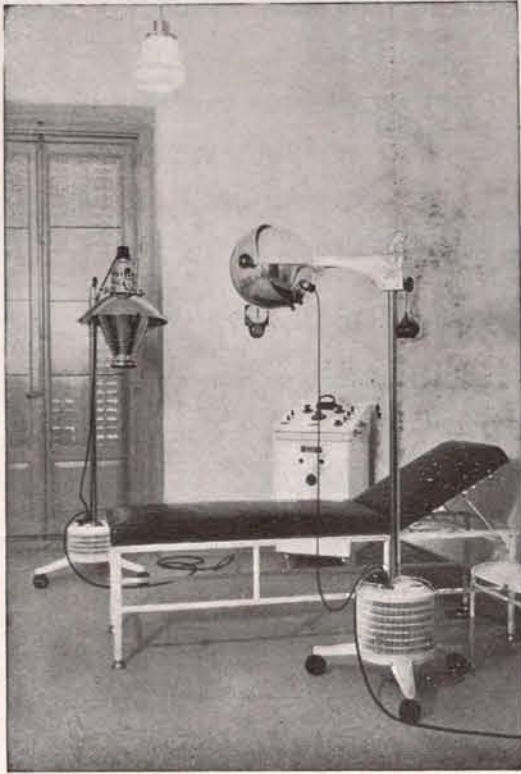
Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884



# "HERMES"

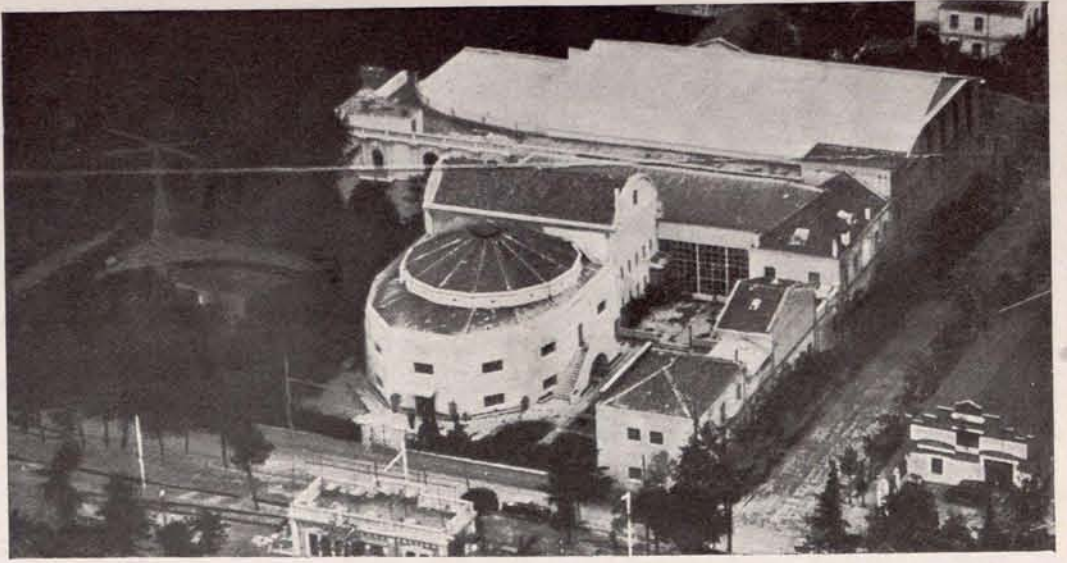
MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE  
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17  
Dirección: 27914  
Clínica: 27915



## LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido **Tobis-klang film** y cámaras **Super-Parvo** y **Eclair**, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

Cinematografía Española Americana  
S. A.

CEA

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063  
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfonos  
núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad  
Lineal  
(Madrid)

Mientras estaba en el café, llegaron a mis oídos las frases más extraordinarias que pueden pronunciarse en nuestro decrepito mundo terráqueo.

—Cuando estaba en América, cazando elefantes, me ocurrió...

Levanté, asombrado, la cabeza, y observé al que terminada de hablar en aquella forma: se trataba de un jovencito rubio, de aspecto cansado, inclinado hacia dos hermosas señoras sentadas a su lado. El hablaba y ellas escuchaban atentamente, con los ojos brillantes y sus pequeñas boquitas rojas semiabiertas por lo sorprendente de la narración que escuchaban sus oídos.

—Además, debo advertirles que los elefantes americanos se destacaban por su terrible ferocidad y por su fuerza.

El honrado corazón que palpitaba dentro de mi pecho no pudo resistir más. Me puse de pie y avancé hacia el que hablaba; presenté mis excusas a las damas y, mirando fijamente al fantástico cazador, le dije:

—Perdone, usted miente; está engañando a estas dos señoras miserablemente.

El jovencito saltó de su sillón como movido por un resorte. Sus ojos echaban chispas, mientras movía la mandíbula como un perro bulldog.

—Sí, señor; usted miente, y no estoy dispuesto a que se digan mentiras tan estúpidas.

—¡Muy bien, caballero! ¡Espero me dará satisfacción por este insulto!

—Cuando, donde y como le plazca; pero no por eso en América se cazan elefantes.

No soy un tipo pusilánime, pero un duelo es un duelo; estas cosas las considero seriamente. Entonces me dedico a la tarea de resolver los tradicionales inconvenientes: buscar padrinos y médico, escribir las últimas cartas a los parientes en caso de una posible desgracia y otros detalles más. Hasta el día siguiente, el asunto quedó arreglado. Por la noche llegaron mis padrinos con la respuesta.

—¡Todo está listo! Mañana, a las siete, detrás del cementerio. Será a pistola.

—¿No estaba contrariado ese individuo? ¿No demostró temor?...

—Absolutamente; ha aceptado todas nuestras condiciones. Es un valiente.

## EL GRAN EMBUSTERO

Por ARCADY AVERCHENCO

res y, después de una breve discusión, midieron la distancia reglamentaria, nos dieron las pistolas, mientras mi enemigo y yo no nos dignamos mirarnos. Esta circunstancia es algo así como una particular delicadeza hacia el presunto cadáver o un singular desprecio hacia el adversario.

El juez comenzó a contar los pasos, y, a medida que caminaba, mil pensamientos acudieron a mi mente. ¡Pensar que por la estúpida mentira de un imbécil podría convertirme dentro de breves instantes en un precioso cadáver!

—¡Veinte!

Era la voz del juez; giré automáticamente y apunté; pero cuando iba a hacer funcionar el gatillo, algo hizo que bajara mi brazo.

—Oigan—exclamé, sorprendido, a mis compañeros—: ¿qué diablos sucede? ¿Quién es ese señor?

—¿Cómo? ¿Quién es?

—¿Qué enredo es éste? ¿Están seguros que es ése el señor que nos escribió ayer?

—Claro que es él. Con la dirección que usted nos dió, fuimos a casa de ese caballero y arreglamos las condiciones como mejor pudimos.

—¡Pero ése es moreno y el que me desafió era rubio!...

La misma discusión había surgido en el bando contrario entre mi adversario y sus padrinos.

—¡Qué han hecho ustedes!—gritaba en voz alta—. ¿Quién es ese individuo que está frente a mí con una pistola en la mano?

Uno de mis amigos se acercó al grupo contrario.

—¿Pero qué sucede? Ayer fuimos a su casa y aceptó las condiciones del duelo.

Los dos grupos se aproximaron, gesticulando animadamente.

—En efecto. Yo acepté porque creí que ustedes venían en representación del individuo que me había desafiado, pero no he tenido nada con este señor. Al contrario: me es extraordinariamente simpático. ¡Buenos días! ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias—respondí, estrechándole la mano como a un viejo amigo. Le mostré la tarjeta que había recibido en el café.

—Perdone. ¿Esta tarjeta es suya?

—Sí, es mía. Se la di hace dos días a un sujeto rubio que decía...

—Un momento—interrumpí con cierta alegría—. ¿No eran mentiras capaces de resucitar a un muerto?

—Lo mismo. Afirmaba públicamente, en mi presencia, que se había casado con Sarah Bernhard y que ella, celosa por sus conquistas, se había tirado desde la ventana de su departamento.

Continuamos charlando lo más amigos; poco después regresábamos a la ciudad y nos íbamos a un restaurante; después resolvimos pasear para hacer la digestión.

Mi nuevo amigo me tiró repentinamente de la manga de la chaqueta.

—¿Qué ocurre?

—El marido de Sarah Bernhard, el cazador de elefantes americanos. Camina delante de nosotros acompañado de una señora.

Nos acercamos a la pareja para oír lo que decía el hombre.

—En efecto, para mí los duelos no son novedades; lo que sí es cierto es que los hombres de hoy son unos cobardes, y le aseguro que lo afirmo por experiencia. En estos últimos tres días fui desafiado por dos sujetos: ni uno ni otro me han enviado sus padrinos. Tuvieron miedo de que les perforase el pellejo.

A la noche siguiente, mi amigo y yo estábamos cómodamente sentados en el "fumoír" de mi palacete, esperando con impaciencia la salida de los diarios de la noche. Oímos abrir una puerta y, poco después, un sirviente entraba trayendo varios periódicos.

Tomé uno y busqué la sección "Policía".

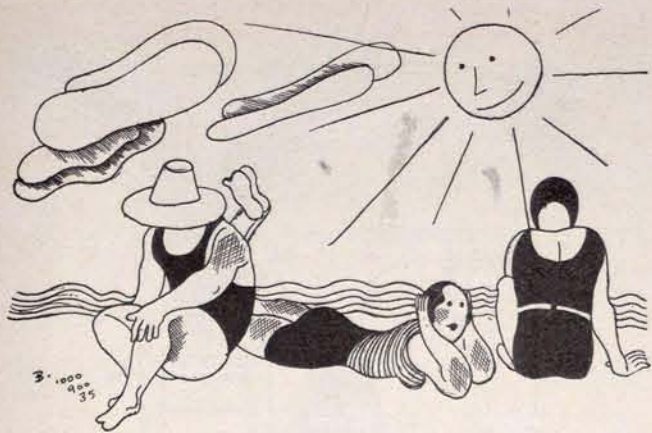
Leí con mi amigo:

"Joven asaltado en la vía pública.—Hoy, en las primeras horas del atardecer, el joven X. X., mientras transitaba por la calle Tranquilidad, fué asaltado por unos individuos. De acuerdo con las declaraciones de la víctima, ésta se defendió a golpes de puño, librando una verdadera batalla con sus agresores, derribándolos varias veces y poniéndolos en fuga sin permitir que le robasen ningún objeto. Desgraciadamente, el valiente joven no salió ileso del encuentro, puesto que presenta varias equimosis en el rostro y una inflamación pronunciada en el ojo derecho..."

Mi compañero lanzó una sonora carjada:

—Es inútil. Ese estúpido, a pesar de la trompeadura que le dimos, no se ha corregido.

A las siete menos cuarto, los míos y yo estábamos en el lugar indicado. Diez minutos más tarde apareció mi adversario. Mis padrinos se dirigieron a él, hablaron con otros dos seño-



## CON EL MEDICO

### BAJO EL PODER DEL SOL

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

*Quien intente forzar a la naturaleza a variar su operación fisiológica normal podrá lograr su objeto inmediato, pero es lo más probable que el costo resulte exorbitante y desgraciado.*

JORGE GRAY WARD.

Cuántas veces, mamá y papá, al consultar con el médico algunos de esos padecimientos de vuestros hijos, que se manifiestan en que el niño no siente deseos de jugar, ni ganas de comer, ni apetencias de alegrías ni de diversiones; cuando le halláis triste sin motivo, pálido, ojeroso y con evidentes demostraciones de cansancio; uno de esos estados, en fin, de supuesto patologismo, y que sin saber por qué acudís en ansia de consejo a la consulta, os habrá respondido el doctor como solución a la interrogante:

—Lo que tiene el niño se cura fácilmente haciéndole tomar el sol; ¡téngalo a la luz, al aire, nada más!

Vosotros—confesar que tengo razón—abandonáis la vista con un extraño amargor de escepticismo, dudando de aquellas sencillas palabras, que tienen más de vulgares que de científicas, y en las que se condensa lo que a cualquier profano en materia terapéutica se le hubiera podido ocurrir.

¡No dudar!

Quando el médico—el único que puede hablar así—os diga que es necesario para la salud de vuestros pequeños que *toquen el sol*, ¡mirad qué cosa más fácil!, hacedlo con fe de convencidos, en la seguridad de que el tratamiento natural ha de serle más útil, más práctico y más barato en la mayoría de los casos, que todos los medicamentos de botica, que fácilmente pudiera haberle recetado, por *muy caros* que sean, pues aunque parezca mentira, mucha gente *estima* y *valora* la bondad del producto farmacológico por el precio que marque la caja registradora.

Claro que el sol, como el aire y la luz, admirables agentes que la naturaleza ha puesto gratuitamente al servicio de la patología, hay que administrarlos—como medios terapéuticos que son—con pleno conocimiento de sus ventajas y de sus indudables inconvenientes, para no caer en lo que hartó estamos de ver y es que por abuso de lo que es tan *fácil* de aplicar se producen variedad de lesiones y complicaciones derivativas, debidas a la absurda dosificación de lo que, como todo en la delicada materia de la terapéutica, hay que saber administrar con *conciencia* y *consciencia*.

El sol posee tres clases de rayos: luminosos, químicos y calóricos. La experiencia, solución de muchas incógnitas, enseña que la luz aplicada tiene el inconveniente de producir una quemadura, un eritema, motivado por los rayos químicos o ultravioleta.

Los múltiples efectos que pueden tener lugar en el curso de los baños de sol cabe dividirlos en tres grandes grupos: locales, que aparecen en la piel y en los ojos; regionales, ligados a una afección antigua, y generales, debidos a la influencia excitante sobre los centros nerviosos y la circulación.

La quemadura y la jaqueca oftálmica son los efectos locales más frecuentes.

Para la primera, basta suspender el baño durante tres o cuatro días y cubrir la parte afectada con polvos inertes. Entiéndase bien: al escribir tal, nos referimos a las quemaduras de tipo leve, sencillas y sin complicaciones infectivas.

La jaqueca oftálmica, que se presenta al principio del tratamiento y es producida por la intensidad de la luz sobre los ojos, se puede evitar también de fácil manera con la aplicación de unos cristales de oscuro color que amortigüen los poderosos efectos de la esplendorosa luminaria.

Las causas regionales, como ya hemos hecho mención, van ligadas a las afecciones antiguas, que pueden reproducirse bajo la influencia excitante y congestiva del sol.

Dicho esto, ¿no caen por su base todas nuestras alabanzas a la acción del sol, al afirmar nosotros que, por su efecto, las antiguas lesiones reaparecen con la misma fuerza que al principio? No, y diré por qué. Este despertar, este regreso al primitivo estado de las lesiones es el *latigazo* que sufre el organismo por el tratamiento, el esfuerzo realizado por la naturaleza para librarse de un daño; en una palabra: la reacción curativa.

Todo el arte de curar, aparte la alimentación y el descanso, está en saber excitar. Sin embargo, en el tratamiento no

existe únicamente el remedio: existe también el enfermo y su modo de reaccionar. De manera principal, no todos los niños reaccionan de idéntica forma, y ello es motivo de una rigurosa observación que recoja las impresiones en el curso del baño, así como todo lo que suceda después, en las horas de calma y sosiego que siguen al mismo.

«En invierno—decía Rikli, el genial alemán—es cuando se experimentan los grandes beneficios del tratamiento seguido en el verano.» En efecto, en el clima del Mediodía, donde el sol es más generoso que en las regiones nortefías, la acción curativa es indudablemente más intensa, y en uno o dos meses aparecen los buenos resultados que se buscan, y los enfermitos, a este tiempo de haber suspendido el tratamiento natural, reciben el efecto bienhechor de que, en verdad, dudaban los mayores.

Los efectos generales serán tanto más halagüeños cuanto más método haya en la aplicación del baño. Su duración, por tanto, debe estar reglamentada a las condiciones fisiológicas o patológicas del que haya de someterse al método soñar, dirigido y controlado por persona competente, y nadie mejor que un médico especializado es el que debe encargarse de ello, y el único con autoridad para dosificar en cada caso en particular, según la receptibilidad de quien, siguiendo la prescripción facultativa, pone su organismo bajo el poder de los rayos del sol.

Como resumen de cuanto escribimos, vienen a los puntos de la pluma tres frases que compendian los magníficos efectos de las fuerzas naturales, y que, en su brevedad, dicen con la autoridad de sus autores mucho más que lo que yo—constante aprendiz de mi profesión—pudiera decir con mis insubstanciales garrapatos: «El aire—afirmaba Hipócrates—es el primero de los alimentos.» «El sol es el gran generador de la energía y de la vida», escribió Rikli. «La luz—comentaba Nevens—es el tónico mejor de los centros nerviosos.»

¡Para qué escribir más!

## TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO - PLAZOS

## CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

## Cambio de nombre

Existe en Berlín, en el Ministerio del Interior, una oficina encargada de informar las solicitudes de modificación del estado civil.

El otro día, un hombre elegantemente vestido, se presentó en dicha oficina y declaró al empleado su propósito de cambiar el nombre.

—Es muy fácil—respondió amablemente el funcionario nazi—. ¿Cómo se llama usted, señor?

Después de un segundo de vacilación, el postulante murmuró:

—Adolfo Cohen.

—¡Cómo!—rugió el empleado—. ¿Usted cree que con un simple cambio de nombre podrá borrar su origen nazi para tratar de engañar a los buenos alemanes?... Sepa usted, innoble sujeto, que ya no estamos más bajo el nefasto sistema de Weimar, y que en el Tercer Reich de Adolfo Hitler...

—Justamente—interrumpió tímidamente el nazi—. Yo no quisiera cambiarme el apellido, sino mi nombre de pila (Lu, París.)



## ¿Quién era Robinsón Crusoe?

Por FRANK LESLIE

¿Quién era Robinsón Crusoe? ¿Lo sería, como se ha afirmado, el valiente marinero escocés Alejandro Selkirk?

No cabe duda acerca de que Selkirk conoció a Defoe, un buscador de noticias sensacionales, un «pioneer» del periodismo, que no dejó de aprovechar aquel encuentro. Selkirk era a la sazón dueño de una taberna en Clapham, y Defoe residía en Stoke Newington, no muy lejos de allí.

En mayo de 1924 fué vendida en Sotheby una pistola antiquísima, perteneciente a un tal Berens, quien, al leer la inscripción grabada en el puño de aquella, comprobó que pertenecía a Alejandro Selkirk y se propuso verificar su autenticidad; con tal fin se trasladó a Clapham, donde supo que, junto con otras pertenencias del marinero, había sido vendida después de su muerte, ocurrida en el mar en 1723.

Selkirk era un hombre de carácter retraído y circunspecto, debido tal vez a su larga permanencia en la solitaria isla de Juan Fernández. De ahí que resulte poco probable su deseo de una publicidad mayor que la recibida del capitán Woods Rogers, su salvador, quien publicó detalles de su vida en el libro «Crucero alrededor del mundo, 1708-11».

Sin embargo, aun en el supuesto caso de que Selkirk fuera el prototipo del héroe de Defoe, ¿dónde fué el autor a buscar un hombre tan poco común como el de Crusoe? Hay quien dice que Defoe adoptó ese nombre en recuerdo de un compañero de colegio llamado Timoteo Cruso, al cual añadió la «e» final en la misma forma como hiciera con el suyo al incorporarle la partícula «De». Timoteo Cruso no había sido nunca marinero, no había estado jamás en el mar; ¡era mercader de sedas, y también predicador!

La vida de Defoe, llena de agitaciones, tenía necesidad de aventuras. Enemigo de Jacobo II, a la edad de veinticinco años defendió la causa del infortunado Monmouth.

Escapó con suerte a los disturbios de Sedgemoor y a la ferocidad del juez Jeffries, sin que por ello disminuyera su antipatía por el Rey. Después de la revolución de 1688 se trasladó a Henley, y allí se unió con Guillermo de Orange en su marcha a Londres. Soldado de un regimiento de Caballería, escoltó a Guillermo y a María al dirigirse al banquete oficial en el Guildhall el 29 de octubre de 1688. Al año siguiente le concedió una audiencia el rey Guillermo, quien le confió una misión especial y le nombró agente del servicio secreto para vigilar las actividades de los jacobitas en el Norte.

Cuando la reina Ana subió al trono, Defoe ocupaba todavía ese cargo, y realizó numerosos viajes a Escocia. En 1706 se dirigió al Norte, y no regresó hasta 1708. En esta ocasión, y por razón de su cargo, visitó varias veces la ciudad de York.

Allí, en las numerosas y viejas callejuelas que desembocan en el río Ouse, habitaban pescadores y gente de mar. En una de ellas, conocida con el nombre de Skeldersgate, nació Robinsón Crusoe en 1632, el marinero que Defoe debe haber conocido en una de sus varias visitas a York, y en quien se inspiró para escribir su novela «La vida y aventuras extraordinarias de Robinsón Crusoe, marinero de York, que vivió veintiocho años de completa soledad en una deshabitada isla de la costa de América, cerca de la desembocadura del río Orinoco, luego de salvarse de un naufragio, en el cual perecieron todos sus compañeros».

Como obra de la fantasía, esta producción tendrá todo el valor merecido; pero es el caso que Robinsón Crusoe, el hijo de un extranjero de Bremen, existió y fué contemporáneo de Defoe.

Mucho se ha hablado sobre el lugar y la época en que Defoe escribió su libro. Hombre de trabajo, fué también escritor prolífico. Aunque confinado en Newgate, redactó numerosos libelos, y en sus horas libres no estuvo jamás ocioso. Al mismo tiempo que se ofrecía una recompensa por su captura y se publicaba la descripción de su persona, nuestro hombre pasaba su tiempo en la elaboración de su obra. Todavía podemos ver en Hartley, distrito de Kent, la pequeña casucha—ya vieja en aquellos tiempos, y más arruinada ahora por la acción de los años—donde Defoe escribía su libro, en «la habitación situada sobre el lavadero», lejos de los inoportunos y de la persecución de las autoridades. Aquí, en este desconocido refugio, fué preparada la obra más popular y de mayor venta en todos los tiempos.

## RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. 6

CUBIERTO SELECTO

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9  
Teléfono 13617

# TRES VIDAS Y TRES MUERTES

Por JOSE MENDEZ HERRERA

ILUSTRACIONES DE GORI MUÑOZ



Plantar un árbol. Plantar un árbol para sí, es decir, con algo de egoísmo, para gozar de su sombra nemorosa, de su frescor, de su perfume. Así lo hice. Y aquel árbol era el rey del huerto. No parece sino que porque fui yo quien con mis manos cavé la tierra que habría de cubrir sus raíces, y puse en ella mis sudores y mis jadeos, su savia se anegó de ansias de fructificar, se sintió traspasada por mi impulso creador, y el tronco se elevó recto y fuerte, creciendo en brazos y en hojas con maravillosa rapidez. Orgulloso se sentía y me sentía. El, asomando su copa, como la cúpula de una pagoda rusa, sobre los demás follajes. Yo, gozando siempre junto a él de su sombra acogedora, dejándome recostar sobre su tronco hospitalario. Nos conocíamos. Con él, yo nunca estaba solo: se había convertido para mí, de algo, en alguien. Nuestros coloquios eran largos, intensos, inacabables, como los de dos enamorados. Yo limpiaba su tronco de impurezas, le libraba de asaltos de insectos y hormigas, y él, agradecido, se esponjaba, tapaba sus resquicios para librarme del sol en la canícula; y en los días otoñales, en que se busca la caricia áurea, se despojaba veloz de sus vestiduras, quedándose desnudo, y así podía yo seguir a su lado, como siempre, sin ir a buscar otros lugares, porque, junto a él yo lo tenía todo.

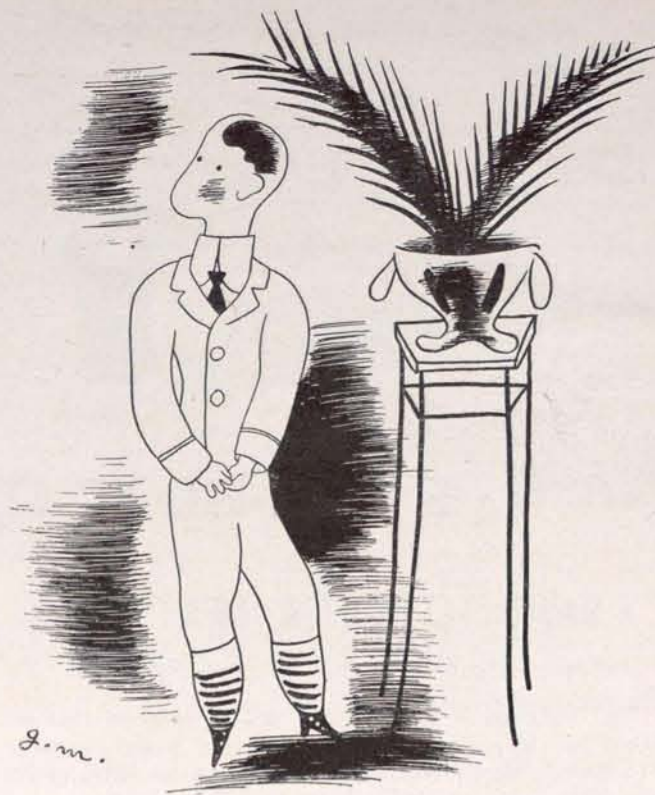
Aquel árbol tenía inteligencia. Sabio magnífico, de agudeza ingénita, puesto que nadie hubo de enseñárselo, comprendió, presintió a ese genio maléfico que se llama hastío, que penetra en todas las cosas y en todos los lugares. Y, para que entre él y yo no prendiese aquella mala semilla, para que nuestros coloquios no muriesen de languidez, un día me sorprendió con un dulce presente, espléndido regalo que el árbol me hacía a mí, su valedor. No me cabe duda que la noche antes se acicaló como un Narciso y se contempló en las aguas del estanque; que llamó al peine de los vientos para que encrespase sus cabellos verdes y se llevase el polvo de sus hojas. Y con estas artes, que no me atrevo a llamar cosméticas, se transformó insospechadamente, cogió del aura todos los perfumes, lavó sus verdes hojas con rocío y se ofreció en la mañana espléndida. Y como él pensara, sucediera. Aquel día, entre sus ramas, apareció un nido, un nido acogedor y gorjeante, lleno de plumas coloridas y de píos incipientes. Y de este modo, cuando él y yo callábamos, charlaban los pájaros sus trinos puntiagudos como flechas de luz. Se pobló aquel hogar natural, porque un árbol sin pájaros es como una casa solitaria.

Pero un día maldito, por no sé qué intrincados textos legales, vinieron a decirme que todo aquello que en derredor del árbol yo creara, que el árbol mío, que yo hiciera nacer con mi esfuerzo, no me pertenecía, porque un artículo, un apartado, una disposición así lo mandaba. Y me despedí de mi árbol bueno, de mi árbol amigo y compañero, y vi cómo otros hombres con afiladas hachas cercenaron su copa, maltrataron su tronco, impávidos antes los gritos, los gritos, sí—que de sus ramas desgajadas salían pidiendo auxilio, pidiéndome auxilio a mí, que, inerme, no podía prestárselo, porque no tenía en favor mío ninguno de esos textos ingratos que se llaman leyes. De mi alma se desgajó también algo inefable que no puede escribirse ni explicarse. Así murió mi árbol, y, como el amante que conserva las trenzas de la amada muerta, así conservo yo un trozo de aquel tronco, santificado por el recuerdo.

Escribir un libro. Otra ansia humana de las más nobles. Desde las inscripciones sobre la piedra basáltica de Rosetta cre-

ció el noble afán de fijar en trazos indelebles los hechos pretéritos, las huellas que dejaron los humanos sobre la tierra. Y escribieron los sirios y egipcios sobre el papiro, y los habitantes de Troade sobre las pieles de Pérgamo, y los romanos sobre el tejido libérico, hasta que nació el genio de Maguncia y se pobló el mundo de esos diminutos tesoros que se llaman libros. De entonces acá, el dar forma material a las ideas ha sido el más divino impulso que moviera la mente humana. Nada tan acogedor, nada tan sumiso, nada tan supremo como un libro. El libro es la obra magna del hombre. Merced al libro somos lo que somos, en lugar de unos seres más con vida sobre la tierra. Dotados de la facultad de pensar, la suprema facultad de pensar, ¿qué mejor regalo que un sitio donde grabar esos pensamientos? Orgullo cimero, galardón inapreciable es el libro. Panacea, sedante, fuente de saber, clarear de horizontes ignotos e insospechados, rayo potente de luz que penetra en los señeros rincones del cerebro, frescor de arte sublime: eso es el libro, el libro hermano, el libro maestro, el libro esclavo.

Yo también sentí esa vívida comezón de escribir un libro. Y en las noches solitarias y calladas, y en las mañanas pletóricas de sol, y en las tardes pardas de crepúsculo, en mi cerebro se fueron agolpando las ideas, una tras otra, como moluscos que se pegan a la roca, y la ebullición final tuvo su eclosión en el crisol de la inteligencia, y, abierto el tubo de escape de la pluma sobre la cuartilla alba, con temblor magnético de poseso, con avidez de lunático, con temblor en el pecho y en el alma, fué naciendo poco a poco aquel libro, página tras página, hasta formar el volumen compendio de mi esfuerzo, satisfacción de mi vanidad creadora, orgullo de mi facultad de ser pensante. Y yo, en mi errada soberbia, creí mi libro la más grande obra que naciera sobre la tierra. A su lado, convertíanse en sombras los ingentes volúmenes del Pentateuco; los nombres del Dante, de Cervantes, de Goethe, no llegaban a mí sino como ecos lejanos de algo que sonara en un tiempo y que ahora se acercaba a mis oídos con leve retumbar. Mi libro sería para entregárselo a los dioses, en montañas altísimas, donde bajaran a aprender de mi ciencia sobrenatural los espíritus de aquellos que fueron y ya no volverían a ser. Pero llegó entonces la terrible Odisea. Aquel libro que antaño lo hubiera sido al instante, entregado a algún monje copista o a algún escriba de Sardanápalo, ahora, para serlo, necesitaba de un editor. Y, como Diógenes en busca de un hombre, así salí yo del tonel de mi anonimato, con el farol de mi ingenuidad, en busca de uno de esos seres que quisiera verter en el molde de sus máquinas aquellas ideas mías, que yo supus asombrarían al mundo, tras-



ladadas al papel con estremecimiento febril de iluminado. Y, día tras día, nuevo Judío Errante, recorrí la senda eterna, llamando de puerta en puerta, mendigando un mendrugo de atención, un trozo de oídos; pero los aldobozanos míos se apagaban en las cancelas guatadas de indiferencia, de desesperaciones y de cansancios. Mis ideas se morían, lacias, en las cuartillas sueltas; perdían su oriente, como las perlas ocultas en el arca; se apolillaban, hastiadas de desprecio. Y, cansado de recorrer sin descanso el mismo sendero tantas veces, volví a mi hogar, nuevo hijo pródigo, después de haber malgastado todo mi caudal de energías, horro de esperanzas, y mis hojas repletas quedaron guardadas en el cajón más profundo, y allí perecieron, no sé cuándo, en las fauces de los roedores, que se alimentaron con mis ideas.

Tener un hijo. O, lo que es igual, sentirse Dios. Aquello tan nuestro, lo hicimos nosotros, es carne y sangre igual que la que cubre nuestros huesos y baña nuestras arterias; es algo que lleva nuestras taras y nuestros tesoros. Vértice de todos nuestros pensamientos, en él se concentra el acervo de esperanzas soñadas, claras como amaneceres de primavera. ¡Un hijo! Tener un hijo es como sentir un dolor. No se sabe lo que es hasta que se experimenta. Es un baño de estrellas que os cubre y os ciega; es una corriente magnética que os atrae y os impulsa. Es una luz cegadora que no sabéis si os alumbra u os deslumbra. Es no sentir para sí ni por sí solamente. Es no gozar por sí ni para sí únicamente. Es un resplandor intenso; es una dejación de todas nuestras potencias, paradójicamente unida a una nueva voluntad más fuerte, más sana, más potente, más viva, que os nace, que os brota del alma, de un alma nueva también, hecha de jirones, de deseos y de añoranzas, de retazos de ambiciones magníficas, de orgullos de vuestro orgullo, de soberbias de vuestra soberbia.

Tener un hijo es como tener un tesoro todo vuestro, que no queréis ni podéis gastar. Es querer conquistar un mundo para ser el último esclavo después. Es no querer nada para quererlo todo. Es cerrar el alma con una llave de intrincado secreto, y que se abre tan sólo a un soplo de brisa filial. Encontrarse sin nada cuando creáis tenerlo todo. Tenerlo todo cuando pensásteis que no tenáis nada.

Pero, de pronto, os dejaron sin luz, sin estrellas, sin voluntad, sin tesoro, sin alma. Lo que creáis vuestro, sólo vuestro, tan vuestro que érais vosotros mismos, se lo llevaron inopinadamente, porque alguien lo reclamaba—según ellos—con más derecho que vosotros a retenerlo a vuestro lado. Y se encarnizaron en su cuerpo; y en unas tierras lejanas, fuera de vosotros, sin que pudiérais socorrerle, ni besarle, ni poner vuestro cuerpo delante del suyo para librarle del mal, ni cegarle para que no viese aquellos horrores, ni taponarle el alma para que no sufriera, sabéis que dejó de ser vuestro hijo para convertirse en pasto de la Muerte. De Dios que os creáis, os trocaron en pigmeo, roto, apesadumbrado, aplastado sobre la tierra como un gusano, con la carga de un dolor que no sabéis dónde esconder.

Plantar un árbol. Escribir un libro. Tener un hijo. Tener cosas bellas, sublimes, redentoras y magníficas. ¡A nadie más que a ti, Hombre, le fué dado el realizar cosas tan altas! ¡A nadie más que a ti, ¡Hombre! encargaron el vil menester de destruirlas!

## Mar Egeo

La proa del barco, tijera de acero, rasga en dos la seda verde del mar.

Tal vez Anftrite ha encargado un nuevo traje de baile. Debe de estar cansada del eterno azul mediterráneo. Veo mi sombra, acodada entre jarcias, en el fondo arenoso del mar, iluminado por el sol.

Me extraño de ver que mi sombra puede aguantar tanto tiempo sin ahogarse y sin tender hacia mi sus negros brazos. Para evitarla peligros me voy al bar del barco. Pero ella también se va—¿adónde?—bajo el barco.

## Egina

Surge del resplandor solar como una ballena dormida. El puerto extiende hacia nosotros, como en una bandeja, una encantadora iglesita color de rosa, color de juguete barato.

Pero no me engañarás con ese gesto, Egina. Sé que te enorgullecen de poseer en tu cumbre el templo más viejo de Grecia: el templo de la Luna, de cuando los griegos aún no se llamaban griegos y la Luna se llamaba Aphaia...

No lo veré esta vez. Vamos a Poros, y el barco apenas hace escala, unos minutos para que bajen unas cuantas campesinas de negro, con collares de gallinas espeluzadas, y unas gitanas de Tebas, que parecerían del Sacro Monte sino llevaran los pañuelos blancos sobre los rostros verde luna, al modo de un tocado de esfinje.

Y luego hay una invasión de mozállones negruzcos y vencileros, cargados de alcarrazas de forma arcaica, pintareadas de floripondios que ya no son ingenuos, porque los hacen «en serie», como cualquier pintor a la moda.

Piden por ellos como si fuesen joyas de museo, y acaban por venderlos a cualquier precio, porque el barco se va. Y así y todo, ganan.

En la orilla de una playita, sobre una barca de ocre y verde, con velas de remendada púrpura, unos marineros compran sandías de claro jade a un semidiós marino, reluciente de agua y de sol, desdeñoso y acurrucado entre cestos de tomates y de pimientos verdes.

## Poros

Gritan los barqueros como los héroes de la Iliada, y, como gaviotas rodeando a un tiburón muerto.

Gritan los barqueros como los héroes de la «Iliada», y, como ellos, se insultan.

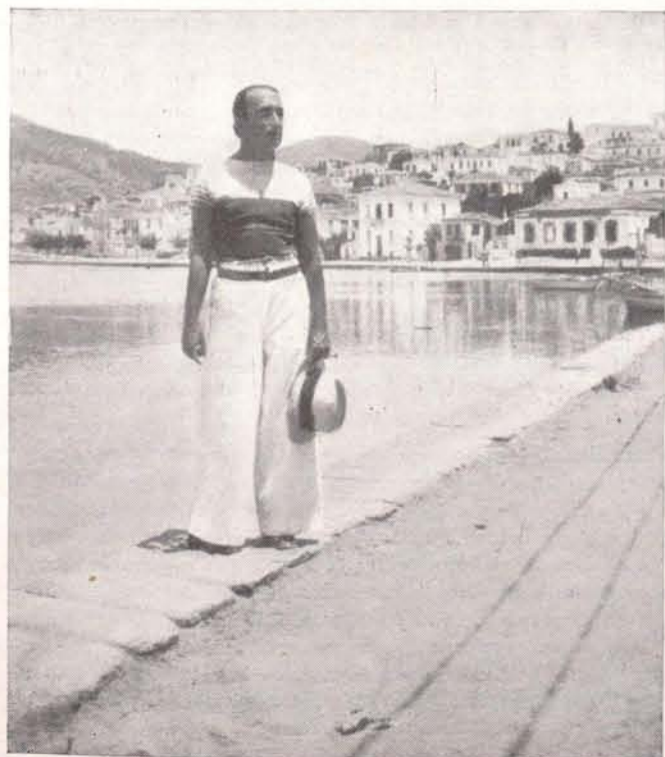
Como lo primero que se aprende de un idioma es todo lo que es necesario olvidar luego, puedo apreciar que en Grecia, como en España, las pobres familias de los contendientes salen muy mal paradas, aunque no peor que la corte celestial, sea católica u ortodoxa.

La isla de Poros tiene un aire romántico de estampa francesa de la época de Lord Byron, con su roquedal puntiagudo, erizado de cactus, y con un faro en lo alto. Y a lo largo de los muelles, casas marineras, de color de sandía alierta, de cangrejo musgoso, de pedrusco salobre.

A lo largo de los muelles, en el agua verdemusgo, caiques medio sumergidos bajo montones de frutas, de tomates, de pescados brillantes. El mercado es marítimo, y las mujeres, que desde el muelle compran y regatean, chillan como aves marinas.

¿Es acaso un coro de opereta? Grupos de marineros, de blanco, con grandes sombreros de paja, pasean simétricamente o contemplan las fotos del cine al aire libre, muy 1912. Francesca Bertini y Pina Menichelli gozan aún de una gloria desteñida entre los alumnos de la Escuela Naval de Poros. Prestigio y poder del celuloide, que conserva las bellezas pasadas en gelatina, como las «poulardes». En esta isla todo pasa alrededor de la isla. Ved, por ejemplo, los cafés y los restaurantes con nombres poéticos—El Céfitro, La Aurora, El Lido—. Son plataformas de madera instaladas sobre vigas de hierro encima del agua. Así sube el frescor marino y neutraliza el calor de horno de la orilla rocosa.

Todo alrededor de la rústica balastrada, bidones de Castrol pintados de rojo, balancean altos penachos verdes de



“Y ahora resulta que la Historia Universal existe todavía, y que yo, José Zamora, voy a desembarcar en el Peloponeso.”



El barco hace escala, apenas unos minutos...

## ORIENTE, 1935

### Islas de Grecia, cunas de dioses

Por JOSÉ ZAMORA

albahaca, que en esta isla son enormes y de un perfume embriagador y frío.

#### Claro de luna en Aigli

Desde la terraza del hotel sólo se ve esta noche la luna, yerta, sobre un mar de acero negro y pulido. Se diría el principio del mundo o el fin.

Nada. Claror astral sobre profuado abismo.

La Osa Mayor inclina el eje de su Carro, como si invitase a la luna a ir de paseo.

¿Qué lejos está todo en esta noche sin número ni fecha!...

¿Lejos? Nunca bastante... Un gramófono, oculto como un grillo, canta una rumba cubana con acento yanqui.

En la pista—redonda luna de cemento—bailan los oficiales de Marina con sus smokings blancos, y las isleñas, vestidas de organdi, como en cualquier película de cualquier país.

Van Dyke, detractor amargo de los «blancos» que profanan el Polo y Tahiti, ¿cuándo vendrás a hacer la película que denuncie los estragos de la civilización en Grecia?

Les quedaba el claro de luna...

#### Mañana en Lemonodasos

El azul se conjuga en el azul, y nuestro caique, en medio. Parece flotar encima de nada.

No tengo más remedio que dejar flotar una mano en la corriente para suscitar un leve surco de plata que nos sitúe en cualquier sitio, de tal modo me inquieta este vagar, sin ruido, en el azul sin límite. Ante nosotros, el Peloponeso.

Para mí era, hasta ahora, una enfadosa lección entre las lecciones sin importancia de la Historia Universal. Y ahora resulta que existe todavía, y que yo, José Zamora, voy a desembarcar en el Peloponeso.

Recuerdo un cuento de Enrique Gaspar, humorista olvidado, que leí en un verano de mi infancia, y que se llamaba «El anacronópete».

Era un barco que un inventor había construido para volver hacia atrás en el Tiempo, en busca del Tiempo perdido. —Proust, no has inventado ni siquiera este título...

Ahora me parece ser yo el héroe de tal cuento, y que voy a desembarcar entre guerreros con cascos y nombres de bronce.

Pero el Lemonodasos—el bosque de limoneros—es ahora un desierto, asilo de paz, un jardín de las Hespérides sin dragón, un huerto de cortijo andaluz, con sus acequias encañadas, por las que fluye un agua cantarina con el ruido mate de los limones que caen sobre la hierba quemada y con el canto de los mirlos, y lejos, el monótono ruido de una noria.

#### Mediodía en Galata

Todo hace pensar aquí en Turquía y en Pierre Loti. Este país está perdido de alusiones literarias.

Próximamente sensacional reportaje de la Revolución griega, por nuestro enviado especial José Zamora.

No hay modo de dar un paso sin que su eco resuene en un libro.

Pero este Galata sólo tiene de turco la pereza y la silueta de sus bosquecillos de cipreses en torno a un quiosco de miniatura.

El mediodía pesa sobre Galata, que se abanica perezosamente con sus palmas y sus cipreses negros.

¿Qué pereza de sol en mediodía, en medio de la mar y de la vida!...

#### Templo de Zeus en Kalavria

Subimos a pie, entre vuelos de saltamontes grises, que brincan bajo nuestras sandalias como petardos de fuego azul o rosa.

El calor hace temblar los contornos de las cosas. El paisaje entero crepita y chisporrotea. El mar parece a lo lejos una lámina de acero al rojo.

En lo alto de la colina salen a nuestro encuentro las columnas del templo de Zeus. Altas. Solas. Inmortales.

¿Qué silencio de instante mitológico!

Muy arriba, colgada del azul implacable, un águila vigila y grita.

El águila nos dice, tal vez, que Zeus ya no está en su templo. Que se fué para siempre.

#### La ermita de Agia Varvara

Sentada junto al mar, como una pescadora.

Es una ermita minúscula, apenas más alta que las mujercas que cuidan de ella como de una cocina, limpia y humilde.

Hay en ella unos cromos de iconos bizantinos, impresos en Alemania.

Pero la piedad de los implorantes incrusta sobre el cromo una mano, un seno, una cabeza de fina hoja de plata grabada a modo de exvoto.

Sobre el cromo grotesco y sin ingenuidad, en el que los sacerdotes convierten la religión, la verdadera fe incrusta sus hojas de fina hoja de plata...

#### Argólida

De esta orilla, abrasada y sin nobleza, partieron los remeros de Jason en busca del Vello de Oro.

¿Qué naves, atrevidas e iluminadas, llevaron a través de los mares a los conquistadores, presos de la misma fiebre que estremeció a Colón y que heredó Charlie Chaplin!

Salieron de aquí. Desnudos. Salvajes y aullando de apetitos.

Dieron motivo a tanta estatua de pomada y a tanto cuadro cursi y académico.

Volvieron trayendo el Vello de Oro, para que luego, en las fiestas de nuestro Palacio, caballeros feos y serios, de frac, lo ostentasen sobre la pechera almidonada, llenos de postín, inflados de vanidad, hasta temer que sus bigotes engomados llegasen a las arañas de cristales y provocasen un incendio.

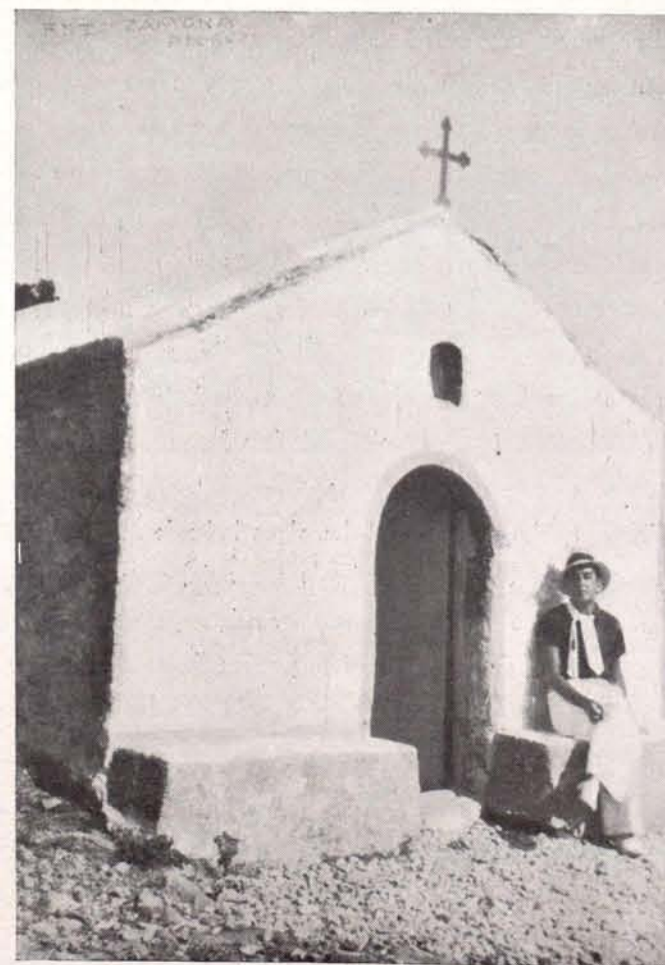
Argólida. Para los griegos todo esto fué un episodio entre tantos. Y lo único que ha quedado de aquel oro que robó Jason ha sido el de la corteza dorada de los melones, riqueza de aquel país.

En las calles de Atenas, ya vueltos de nuestra breve excursión a las islas, resuena en la siesta el grito de los meloneros, que pasan con sus borricos grises cargados de frutas de oro, parodia de Toisón:

—Argítica poponia... Melones de Argos...

Extraño corolario del Destino, que siempre se ríe...

Isla de Poros, marzo 1935.



La ermita de Agia Varvara.

## A propósito de un libro reciente <sup>(1)</sup>

Nada podría ser tan sugestivo como el retrato de Ruskin. Cualquiera que contemple sus rasgos no dudaría en colocar a este hombre entre las figuras extraordinarias de la galería humana. La frente, alta y abombada, delicadamente modelada, es la de un poeta o un músico; está rodeada de una pelambre espesa, reveladora de una salud y de un vigor animales. Los ojos, claros y penetrantes, profundamente hundidos bajo las cejas enmarañadas, expresan no sé qué «humor», unido a una gran fuerza de emoción y de discernimiento crítico. La nariz, larga y fina: nariz de aristócrata, no tiene nada de la grosería campesina, de la truculencia rastrera de la nariz de un Carlyle, de un Tolstoi o de un D. H. Lawrence. Pero—cosa curiosa—toda la parte inferior de este rostro parece dar un desmentido formal a la impresión sorprendente y tierna de la parte superior. Una amplia mandíbula colgante, una boca de labios fofos y un mentón casi inasible confieren a la cabeza de Ruskin un carácter de sensualidad que compensa extrañamente la energía masculina del resto.

Se advierte que semejante cara está hecha, o bien para un gran éxito, o bien para una gran derrota; pero que, en cualquier caso, ese rostro no sabría amoldarse fácilmente a una vida mediocre. Y, en efecto, John Ruskin ha conocido en su existencia la extenuante alternativa de la gloria y de la desdicha.

Su reputación *post mortem* ha conocido igualmente altos y bajos; entre los que han estudiado sus obras, los periodos de admiración exagerada han alternado con periodos de desconfianza y de completo desdén.

Nacido en 1819, de padres de un riguroso pietismo, que lo adoraron y lo maltrataron a un tiempo, Ruskin conoció desde su juventud una peligrosa notoriedad como mecenas. Con impetu apasionado, se convirtió en el defensor de Turner y de los prerrafaelistas, y se atrajo el entusiasmo de los unos y el odio de los otros por escritos de una prosa «sanguinaria». Desde su comienzo en la vida pública, se representó a sí mismo como el profeta destinado por Dios para revelar a los hombres la belleza del arte de un Turner, las glorias de la pintura veneciana y los ideales místicos de los prerrafaelistas. Más que a ninguna otra cosa, aspiró violentamente a la conquista de una posición fuerte, de una influencia irresistible, que le permitiesen mostrar a los burgueses y a los *filisteos* de su tiempo la relación íntima que existe entre un gran arte y la unidad moral y material de una época; relación que, según él, había cesado de regir la producción artística en Italia, desde el Renacimiento; en Inglaterra, desde el advenimiento de la era industrial moderna.

Esta conquista de una situación dominante se realizó parcialmente en 1870, cuando el gran crítico fué nombrado profesor de la Historia del Arte en Oxford. Pero ya era demasiado tarde para él. Tenía entonces cincuenta y un años, y llevaba a cuestas una lamentable historia matrimonial, sin amor, sin frutos, sin dicha, y estaba, sobre todo, agotado por una esclavitud todavía más tenaz, más prolongada, que se había impuesto por sus consideraciones hacia la voluntad tiránica de sus padres, a semejanza de la cadena de un prebendario, desde la más tierna infancia.

Por eso nunca estuvo en condiciones de asumir el papel de jefe tonante con que siempre había soñado, de imponer a sus compatriotas sus puntos de vista sobre la esencia y los fines del arte, así como sobre las reformas económicas y sociales que había expuesto precedentemente en una serie de estudios que no tuvieron mayor resonancia, salvo que tales estudios valieron a las publicaciones respectivas una baja numerosa de suscriptores.

Pero si imposible le fué desempeñar un papel en cierto sentido utópico, y cuya concepción se explica, según algunos por accesos de lo que los alienistas llaman «locura circular»—Ruskin pasaba por periodos de una «hipertrofia del yo» característica, a los cuales sucedían periodos de depresión profunda—, se vió, en cambio, hacia el fin de su existencia, gratificado por una celebridad literaria cada vez más grande, debida a sus libros, escritos en un estilo delicioso, y también, en parte, a su inclinación por las paradojas económicas y las teorías sociales más excéntricas.

Sin embargo, su obra final, la grande obra que le hubiese valido la inmortalidad, de la que tan seguro estaba cuando contaba veinticuatro años, cuando publicó su primer volumen de «Modern Painters» nunca fué escrita su espíritu naufragó, finalmente, en las tinieblas, y terminó su vida en un derrumbamiento mental completo.

El terreno patológico, que iba sin cesar agravándose; la lucha continua contra la carencia física; el agotamiento sexual, y *last not least*; la guerra incansable contra el despotismo paterno, todo contribuía a quebrar mentalmente a Ruskin. Le parecía que toda Inglaterra estaba en contra de él, puesto que sus pretensiones de jugar en ella un papel de profeta tardaban en realizarse; y, sobre todo, porque su celebridad no iba más allá del cuadro pasivo de una literatura hecha para los *petits comités*. Pero el hecho de que su derrumbamiento no se produjera con la instantaneidad de una caída trágica, sino en etapas lentas, moderadas, aunque irremediabilmente progresivas, denota de qué suma de energía, tanto física como intelectual, lo había dotado la Naturaleza, como para frustrar su propia astucia.

Nada es más curioso en esta vida, ya de por sí bastante curiosa, que la inconcebible dominación con la cual los padres de Ruskin hacían experimentar desconcertantes efectos a su hijo hasta la más avanzada edad. «Todos los que frecuentaban Denmark Hill—la casa de sus padres—están acordes en reconocer que su madre lo regañaba y maltrataba como a una criatura; que lo contradecía aun a propósito, de cosas que ella no entendía; que su padre, no solamente desaprobaba todo lo que escribía en materia social, sino que le impedía darle a sus escritos el destino que quisiera. Así, en un estudio político que Ruskin escribió cuando tenía unos cincuenta años y destinado al *Times*, su padre no dudó en tacharle algunos pasajes, y no permitió la publicación del estudio sino después de esta expurgación. Y más todavía: pidió a su hijo, quincuagenario, y obtuvo de él, la promesa formal que no publicaría nada sin que previamente le sometiera el texto, a los fines de una censura severa y siempre operante.

Parece extraordinario que un hombre de una sensibilidad tan intensa, tan viva para las bellezas de la pintura inglesa (especialmente para los paisajistas) y del arte primitivo italiano, pudiese ignorar casi completamente la prodigiosa evolución de la pintura francesa del siglo XIX, y que se hiciese el campeón del arte falso de los prerrafaelistas. Pero en esto, como en tantas otras cosas, Ruskin se mostró un inglés ciento por ciento. El arte francés debió repugnarle por su lógica excesiva, demasiado desprovisto de impulso místico, para poder contener los elementos espirituales que él encontraba y adoraba en la mitología griega, en la arquitectura gótica (considerada por él, lo mismo que por todos sus contemporáneos, como no francesa), en la pintura de Turner y en el arte de los italianos del Quattrocento. Y es precisamente esta cualidad o este prejuicio, que Ruskin comparte con los más grandes poetas de raza inglesa, la que confiere a su obra una deliciosa supervivencia.

(1) JOHN RUSKIN: *An introduction to Further study of his life and work*, por R. H. Wilensky (Stokes).



La encantadora ingenuidad de este traje de las Islas Baleares nos inspira este modelo de tarde. Confeccionado en gasé negro con los plisados del mismo tejido, en blanco. El sombrero, de fieltro de seda blanco, se adorna con una desrizada pluma de avestruz, blanca también, que cae sobre un lado.

## EL TRAJE ESPAÑOL Y LA MODA

Creaciones especiales para CIUDAD  
por María Rosa Bendala

Convencidos de la enorme cantera espiritual que ofrecen al campo de la moda nuestros típicos trajes regionales, y recordando que más de una vez han sido aprovechados en este sentido por los creadores de modas extranjeros, vamos a intentar nosotros hacer desfilar por estas páginas creaciones en ellos inspiradas, de manera que, sin perder el aliento parisiense, imprescindible por su reconocida supremacía, sin cuyo marchamo (a pesar de cierto espíritu de rebeldía hacia él, que se dibuja por doquier como reflejo de la política nacionalista que actualmente impera en todos los países) no son aceptadas las creaciones modisteriles, conserven, no obstante, el sabor genuino de nuestro pueblo.

¿Por qué, si hubo un tiempo en que las damas y los hidalgos españoles impusieron al mundo la severidad y sencilla elegancia de su atavío, no intentar hoy libertarnos del yugo a que nos tienen sometidos otros pueblos con su influencia en el vestir?

Cierto que los españoles no hemos tenido nunca un sentido verdaderamente original en cuanto al traje se refiere, pero sí hemos sabido recoger y adaptar otras galas convirtiéndolas en nuestras, saturándolas de la manera española hasta hacerlas parecer que han nacido en nuestros propios lares.

Este espíritu de simplificación sigue latiendo en nosotros. En España la moda ya no es igual que en París: sigue siendo sustancialmente la misma, pero españolizada, marcada con el sello especial de nuestro sentir respecto al vestido; así, pues, recogiendo este sutil sentimiento de transformación, pueden llegar a obtenerse verdaderas creaciones originales, brotes espontáneos de nuestro suelo, que, tomando definido relieve, dejarían absolutamente caracterizada nuestra apariencia externa.

Esta lenta labor de evolución es la que queremos alentar, por creerla necesaria en esta hora de resurgimiento de los dormidos valores patrios. Nos daremos por muy satisfechos si, al estudiar este aspecto y exponer nuestros puntos de vista, conseguimos orientar y facilitar la labor personal a que está obligada hoy la mujer española, a la que ayudaremos con el mayor entusiasmo desde nuestra modesta tribuna.

# Cine

" ¡ V I V A V I L L A ! "

Por

GABRIEL

GARCIA

ESPINA



Wallace Beery, el popular astro de la pantalla, caracterizado para su rol en la sensacional película basada en la vida tempestuosa y en los amores de uno de los personajes más interesantes de la historia mejicana.

La importancia de este estreno nos obliga a sacarle del control cinematográfico para darle el espacio que sus grandes valores merecen.

«¡Viva Villa!» es tal vez de las epopeyas mejor realizadas, con más emoción y sentido del valor histórico del tema tratado que haya dado el cine. Resalta como valor esencial la interpretación magnífica de Wallace Beery, quien con este trabajo bien puede ser considerado como el mejor característico de Hollywood; pero al lado de este valor individual, en «¡Viva Villa!» destaca el mérito del poema mejicano, que entona desde que aparecen los primeros titulares hasta la escena final, para darle a la obra una substancia humana, vigorosa, valiente, descarnada: realidad, objetividad poco cinematográfica y—muy especialmente—poco norteamericana sobre uno de los momentos más trascendentales de la historia de Méjico.

Allí vemos la iniciación del drama con el emplazamiento inicial de la cámara, que recorta sobre el cielo figuras de indígenas, de esa raza tan honda y fuerte como es la mejicana, y que infunde desde el principio, con la sobriedad de sus figuras y la trágica mudez del escenario, el ambiente fiel en que luego ha de actuar la vida del último gran guerrillero.

No pesa este valor esencialmente nacionalista de la obra sobre el ánimo del espectador para restarle simpatías al film; el problema es tan vivo, tan humano, que se halla accesible al sentimiento de todos los públicos. Es el drama de la tierra, que se trabaja sin beneficio alguno para alimentar a una minoría infecunda que, tras ellos, no escatima castigo y flagelos en la carne sumisa de las nobles peonadas. Y con hábil mano, matizando el transcurso de la película con actos brutales y escenas risueñas, donde la más intensa dramática es sucedida por actos cómicos, se desenvuelve esta gran producción, para atrapar al espectador, llevarlo a la grupa de las caballerías del guerrillero y situarlo en la acción, no como mero espectador, sino como elemento actuante.

Esa sugestión bien se vió en las repetidas explosiones del público en la noche del estreno, que vibró en un aplauso o en un murmulio común, con pasajes característicos del fondo del film.

«¡Viva Villa!» no es una apología, ni la dignificación ni la disculpa del héroe mejicano. Es un canto de la tierra, ni más ni menos que el sentido racial del himno revolucionario «La cucaracha», traslucido en acto plástico. Y la labor de Wallace Beery, que llena de por sí la pantalla, no ha sido encaminada más que a dar una interpretación sentida de Pancho Villa, sin amenguarle los golpes del instinto, ya fuese encaminado hacia el bien o el mal.

«¡Viva Villa!» es hasta ahora la gran película de la temporada. Magníficas fotografías, coros y elementos musicales de gran mérito, escenarios naturales de apasionante belleza.

Todos los intérpretes, bien, aunque apagados por la caracterización de Wallace Beery, que no deja espacio al lucimiento de los demás.

R. M. L.

## Edith Mera ha muerto

Una de las más encantadoras comediantas francesas, Edith Mera, ha muerto hace unos días.

Alta, esbelta, con bellísimos cabellos color caoba, de rostro ovalado y puro que iluminaban dos ojos verdes almendrados, había nacido en Bolzano (Italia), de padres eslavos. Murió el mismo mes en que cumplía años.

La asignaron con frecuencia papeles del tipo de la clásica «wamp», implacable y astuta, cuando en realidad fué siempre dulce y sincera. Su gran temor—tan mal fundado—era que los papeles que la distribuían acabasen por hacerla «mala».

Quiso estudiar Medicina, pero las circunstancias la obligaron a dedicarse al teatro, en donde ella veía algo grande para su temperamento. Sin embargo, se derrumbaron sus sueños escénicos, y tuvo que debutar en «Ba-Ta-Clan».

Se estaba preparando para filmar en «Divina», de Colette, un papel odioso que le habían reservado, y que ella estudiaba con alegría.

Hace aproximadamente un año había intentado suicidarse. Tomó toda clase de precauciones para que su trágico propósito no fuese contrariado. Eligió una noche de sábado a domingo, porque el domingo no acudía la mujer que arreglaba las habitaciones, y de esta forma nadie podría socorrerla.

Pero su buen corazón y su conciencia la perdieron—o la salvaron—. Edith Mera, antes de abandonar para siempre el teatro donde trabajaba en «Las hermanas Hortensias», quiso pagar algunas pequeñas deudas que tenía: paquetes de cigarrillos, pequeñas propinas, etcétera. Y eso llamó la atención. Todo el mundo se preguntó por qué Edith había querido liquidar todas aquellas pequeñeces, y precisamente aquella noche.

Una compañera que conocía el lamentable estado moral en que se hallaba entonces la actriz recién desaparecida, tuvo una inspiración y se precipitó con un médico en el domicilio de la artista, a la que pudieron hacer volver a la vida. No por mucho tiempo, por desgracia, pues un ántrax facial acabó en tres días con la vida de la malograda Edith.



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- "ALTO" Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ "CUIDADO" Un film con determinadas debilidades artísticas.
- "SIGA" Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.
- "Un crimen perfecto."—El film es bastante imperfecto. Un trasnochado asunto de hipnotismo impreso en el celuloide con amaneramiento y pobreza de matices. No tiene ningún interés. Nils Asther, «excesivamente» guapo,

LUNES 25  
PRECIOS DE PRIMAVERA  
CAPITOL

presenta a

IVAN PETROVICH

en la magnífica producción europea

PAGANINI

Música de Franz Lehar

(Selección Yberica Film.)

afectado y hasta cursi. Hay un excelente actor, Paul Kerry, que libra a la película del juicio poco grato que merece.

○ *Déjame quererte.*—Un film divertido y bien realizado, sin mayores complicaciones. Buena calidad gráfica y escénica, a la cual ya nos tienen acostumbrados los productores alemanes. Y muy bien, asimismo, la interpretación, por parte de Willy Fristch, Paul Horbiger y Trude Marlen. Arthur Robinson es el director de esta película, que se ve con agrado.

⊕ *Reyina.*—Luisa Ulrich es todo el film. Actriz consumada, ella es quien levanta en muchas ocasiones el proceso de la obra, no muy afortunada en su totalidad. Waschneck es el realizador de esta película, que nunca descendiendo de un decoro estimable. Olga Tschschowa y Adolf Wohlbruck acompañan a Luisa Ullrich en el reparto, aunque a respetable distancia de la estrella.

○ *Trágica atracción.*—Sobre una producción teatral—«Cette vieille canaille»—ha realizado Anatole Litwack este film de profundo sentido dramático. El resultado de tintes acaso un poco sombríos, ha sido excelente. La figura de Harry Baur, el ilustre cómico francés, tiene la mayor parte en el éxito espectacular de la obra. Difícilmente hallaremos un tipo de actor tan complejo como el de esta admirable estrella del cine francés. Alice Fields, mujer muy bella, comparte los aciertos interpretativos de este dramático argumento. Buen film, aunque no a propósito para todos los paladares.

○ *La huella digital.*—Warner Oland es nuestro amigo desde que empezamos a ir al cine. Con cierta simpática veneración le recordamos fugazmente a lo largo de toda su caudalosa vida cinematográfica. Y aquí le tenemos de nuevo, seguro en su madurez, incorporando el tipo de Mr. Chan, policía chino. La película, de complicado y misterioso asunto—naturalmente—, está bien. Y muy hábil de luces y de tonalidades, que se completan eficazmente para el mejor encuadre del misterioso proceso argumental. El realizador, mister Forde, ha puesto de su parte todo lo necesario para que los incondicionales de este género cinegráfico pasen un rato agradable y practiquen *in mente* el buen deporte policíaco.

'ES COSA DE AMARNOS'



Una escena de la producción musical "Es cosa de amarnos", en la que intervienen Edmund Lowe y Ann Sothorn, las dos figuras principales del film.

## Cartelera madrileña

Novedades escénicas más o menos relativas

ESLAVA: «EL SECRETO DE LADY KLAVERSSON».

Don Rafael López de Haro, escritor excelente, acreditado en varias novelas de pulcro estilo literario, que lograron el favor decidido del público, trata, aun cuando no muy frecuentemente, de asomarse a los tablados de la farsa, en busca—es de suponer—de un puesto entre los autores dramáticos, para el que se cree capacitado. Pero no tiene fortuna, o dicho con crudeza exacta: carece de condiciones elementales para realizar una función inteligente en el teatro. Su pluma, habituada al relato novelístico, a la descripción del paisaje, a la pintura psicológica de los caracteres, se pierde con harta frecuencia en los limitados horizontes de la escena, y si algún personaje de la obra la encuentra casualmente, apenas si le es posible utilizarla con eficacia efímera en instantes muy contados del diálogo, donde la charla se hace ágil y graciosa: teatral, en suma.

«El secreto de lady Kleversson» pretende ser una comedia elegante, desenfadada y moderna. Pero la pretensión del autor se estrella, por las razones apuntadas, en los muros de granito de una imposibilidad temperamental, que traiciona constantemente al Sr. López de Haro. Y de esa traición nace un feto de configuración absolutamente opuesta a la propia idea del autor. Ni Narda—personaje interpretado por la Sra. Díaz de Artigas con acierto total—es un genio femenino de las finanzas, ni siquiera un tesoro de ternuras amorosas; ni Enrique es un hombre de presa en el mundo de los negocios; ni mister Husley puede justificar en modo alguno su nacionalidad inglesa; ni los hermanos Gritcha y Freddy llegarán jamás a ser temidos como elementos peligrosos. Unos y otros dejan constantemente en ridículo sus propias palabras, en el fondo de las cuales bulle una reducida humanidad de pobres seres, inocentes como un refresco de zarzaparrilla, y conllevando con manifiesta desgana las obligaciones psicológicas que les impusiera su creador...

Una comedia, en fin, pobre de acción, lánguida de ideas, cuya sola calidad—calidad relativa, naturalmente—radica en el decoro literario de su diálogo, escrito con cierta pulcritud de estilo.

Pepita Díaz de Artigas—merece repetirse—dió a su gestión artística tono inteligente y acierto constante. Manuel Collado acreditó una vez más su fama de galán notable y simpático. Y en plano interpretativo secundario, Monserrat Blanch, Luisa Jerez, Ricardo Juste, Fernández Cuenca y José Pidal completaron un reparto discretamente bueno.

FONTALBA: «LA NIÑA BOBA».

Después de un paréntesis de silencio, impuesto por veredicto riguroso de una cruzada de arte poco afortunado, vuelve a reanudar sus actividades dramáticas el magnífico coliseo de la Gran Vía. Una pareja de actores, que amparan su juventud en el pabellón glorioso de su ascendencia ilustre—María Guerrero, Fernando Díaz de Mendoza—, llegan a las tablas del Fontalba, después de una tournée venturosa por tierras de América, en abrazo apretado de ilusiones artísticas. Buen síntoma de sus propósitos es la elección del cartel inaugural: «La niña boba», de Lope, que sirvió, en primer lugar, de augurio prometedor de empeños nobles durante su actuación en la capital de la República, y, en segundo, para acreditar a la joven pareja de comediantes de fieles continuadores de una escuela ilustre en los anales interpretativos, iniciada años ha junto a otra pareja insigne, que dió tono y esplendor al arte dramático.



Es justo reconocer que el tiempo transcu-

# TEATRO

Por ALFREDO MUÑIZ

rrido desde la última vez que actuaron en Madrid ha sido aprovechado por Mariña Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza para afirmar sus posibilidades de artistas excelentes. Una y otro dieron a la famosa obra de Lope de Vega una interpretación matizada constantemente por un acierto inteligente y eficaz, que impresionó gratamente al numeroso público que asistiera al teatro para rendir tributo de afecto y cortesía al matrimonio de apellidos ilustres que nos llegaba de América en embajada de arte, al frente de una compañía de actores disciplinados y seguros.

Cordialmente saludamos a los jóvenes artistas desde nuestras columnas, y aguardamos ocasiones propicias para continuar mostrándoles nuestro aplauso sincero, que—verdad obliga—sólo podrá prodigarse mientras la recta de sus intentos no vacile en concesiones que hagan perder al arte su signo generoso.

COLISEUM: «LA ZAPATERA PRODIGIOSA».

Sigue la ilustre actriz Lola Membrives caminando con paso firme por la senda de lo inteligente, iniciada, al reaparecer ante el público madrileño, con el magnífico poema de García Lorca, «Bodas de sangre». Y seguimos nosotros prodigándole un aliento decidido a su noble empeño, un aplauso cordial a su excelente labor artística, aliento y aplauso que no ha de faltarle en nuestras columnas mientras sus inquietudes de actriz se mantengan sin vacilaciones en la línea generosa de un teatro que tienda o, cuando menos, trate de tender sus alas blancas de decoro literario sobre los horizontes a ras de tierra de las comedias al uso y abuso de esta mala hora de la producción dramática.

Asistimos con verdadero deleite a la reposición de «La zapatera prodigiosa». Esta admirable farsa violenta—así la titula el autor, aun cuando, en verdad, la violencia no la hallamos por parte alguna—fué estrenada por Margarita Xirgu hace algunos años, quien dió a ella una interpretación inspirada, naturalmente, en su sensibilidad y su temperamento personales. Es decir, le dió una realización escénica, una estructura plástica de relieves modelados en el barro de su visión interpretativa. Lola Membrives, a su vez, ha concebido la obra con perfiles opuestos; la ha visto a través del prisma luminoso de espectáculo de conjunto y, de acuerdo con García Lorca, la ha enriquecido con valores espectaculares de cuadros de época, de bailes y canciones de nuestro venero folklórico, de ritmo vivo y colorido, donde su inspiración artística descubre ancho campo en el que lucir sus posibilidades interpretativas, llenas de acierto y de gracia.

De acuerdo con esta visión de la actriz insigne se desenvuelve el tono general de la obra. El diálogo, la acción, el ambiente—rotundamente logrado por el admirable artista Fontanals—, el color y hasta la luz adquieren una marcha suavemente vertiginosa, que hace resbalar como caricia espiritual las palabras y los gestos de los personajes sobre el interés creciente de un auditorio, captado desde el primer instante por el simpático duendecillo de lo superficialmente bello.

Con Lola Membrives compartieron el justo éxito interpretativo las señoritas Peña—deliciosa en su intervención—, Cortesina, Losada y Zurita, y los Sres. Maximino—magnífica creación la suya!—, Peña, López Silva, Cortina y, en general, cuantos artistas toman parte en el reparto de la comedia.

«ESPAÑOL: «FUENTEOVEJUNA».

Margarita Xirgu y Enrique Borrás, figuras eminentes de la compañía del teatro Español, han llevado a sus carteles, como homenaje fervoroso al príncipe de nuestro teatro clásico, la obra más representativa del ingenio lopesco: «Fuenteovejuna», según la nueva versión dada al texto original por Cipriano Rivas Cherif. De toda la gigantesca labor de Fray Lope de Vega, es «Fuenteovejuna» la que tiene raíces más hondas en cuanto al sentido nacional de su teatro, la que está imbuída

de más puras esencias españolistas y, por tanto, la más apropiada en estas horas de honra a la memoria del Genio en el tercer centenario de su muerte.

Es «Fuenteovejuna» grito colectivo, alarido dramático de un pueblo en el que se funden en bloque apretado ansias de ejemplaridad justiciera, crueles arrestos de una humanidad unificada por el dolor y la afrenta, que se alza como bárbara ola de rebeldía ante la injusticia de los privilegios de casta. En ella, el estro maravilloso del poeta se compenetra de manera más perfecta que en ningún otro caso con el espíritu trágico del drama, donde alienta, al través de los siglos, la entraña de problemas vivos aún en el mundo de nuestros días.

La obra, interpretada con absoluta dignidad artística por Margarita Xirgu, Enrique Borrás y el plantel de excelentes actores que actúan bajo la dirección de ambos, está avalorada con una magnífica concepción escenográfica del experto Burmann, y más especialmente, por los deliciosos romances, bailes y canciones, extraídos de la cantera folklórica con un sentido de la erudición perfectamente acertado por los Sres. Castro Escudero, Bal y Torner, miembros del Centro de Estudios Históricos. También contribuyeron en proporción estimable a la magnificencia artística de la jornada los jóvenes actores de la «Tea» con su cooperación justa y disciplinada.

Señalemos, en fin, el acontecimiento como paso firme en el camino de la glorificación de Lope en este año de homenaje nacional.



## ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—¿Vió usted a Raquel Meller en Maravillas?

—No, señor. La vi hace alrededor de veinticinco años en una especie de barraca que había en la calle de Atocha, que se llamaba Salón Madrileño.

—¿Tan viejo es usted?

—Tan vieja es ella!..., que no es lo mismo.

—Dicen que no pasan los años por Raquel.

—Y tienen razón. Figúrese usted que todavía anda a vueltas con «El relicario», «La violereta» y «El gitanillo»... Vamos, señora Raquel Meller. ¿Una poquita de formalidad, que estamos en Madrid!

Una pregunta sin pizca de malicia: ¿cuántas obras ha estrenado D. Jacinto Benavente en lo que va de temporada?

—Tres, si no me falla la memoria.

—¿Cuántas resisten aún en los carteles?

—Ninguna, si la memoria sigue sin fallarme.

—¿Qué consecuencias se desprenden de este hecho?

—¿Me permite usted que le responda con un refrán?

—Permitido.

—«Tres eran, tres las hijas de Elena; tres eran, tres...», etc., etc.

—Ortas (Casimiro) reaparecerá en Madrid el Sábado de Gloria.

—¿Lo sabía usted?

—Sí, en el teatro Alkázár.

—¿Le gusta a usted este actor?

—Hombre, sí; es un excelente comediante. ¡Lástima que no se haya decidido todavía a hacer comedias!

—¿Tiene usted cuaderno de notas?

—Le tengo.

No siempre consigue el autor dramático realizar la idea concebida en el mundo azul de su pensamiento, trasplantar a la realidad escénica, donde las ideas han de revestirse de carne humana, inquietudes de tipo filosófico o sentimental, que en la entraña de su concepción adquirieron volumen de cosa importante, categoría de hecho superior en la escala de las pasiones que modelan el espíritu de los seres.

En este caso exactamente se halla Eduardo Marquina con relación a su comedia «Lo que Dios no perdona», estrenada recientemente en el teatro Eslava. El, poeta antes que dramaturgo, esclavo de toda vibración poética, halló fuerza lírica en el contraste de dos seres, que, unidos por vínculos de sangre, luchan, sin embargo, impulsados por la fuerza arrolladora del odio. Pero el odio, como cualquiera otra humana pasión, necesita en la escena razones que lo justifiquen, episodios que lo creen, antecedentes que lleven al ánimo del espectador fundamentos de convicción. Y nada de esto, tan elemental en la línea lógica de una comedia, ocurre en «Lo que Dios no perdona». En ella, los hechos se producen entre fragores de desconcierto constante, que, naturalmente, siembran en el público semillas de incompreensión. Hay, eso sí, en la obra, inquietudes de problemas psicológicos, ideas de complejos sentimentales que se afanan por imponer la primacía de su razón al mundo desarticulado de los personajes. Pero, repitámoslo, que ello no habrá de molestar a un escritor del talento de Eduardo Marquina, dispersos en el decurso cansino de tres actos largos y fatigosos.

La interpretación, desconcertante, esto es, a tono con la comedia, por parte de Pepita Díaz de Artigas, que, perdida en la extraña psicología del personaje por ella representado, no pudo dar todo su rendimiento de actriz inteligente. Bien, Manuel Collado, Cuenca, Juste, Manrique y Díaz González.

Y admirable, en párrafo aparte, Amparo Astor, para la que fueron los aplausos más justos de la noche.

—Pues apunte este dato, de sumo interés para la historia de las temporadas teatrales desafortunadas: sábado 15 de marzo de 1935, la compañía Díaz de Artigas-Collado estrena en el teatro Eslava una obra de López de Haro. Domingo 16 de marzo de 1935, la misma compañía estrena en el mismo teatro una comedieta para niños. Viernes 22 de marzo de 1935, sigue la misma compañía actuando en el mismo teatro y estrena «Lo que Dios perdona», obra en prosa, original de un poeta... ¿Qué le parece a usted?

—¿Espantoso! No se comprende tanta capacidad de trabajo.

—Pues aún se afirma por ahí que al mismo tiempo que la compañía montaba estas comedias dedicaba algunos ratos al ensayo de una nueva obra de los Quintero.

—¿Cómo está el teatro, compañero!

—¿Y de Muñoz Seca, qué se dice?

—¿De Muñoz Seca, autor, o de Muñoz Seca, teatro?

—Teatro.

—Que Antonio Vico termina su temporada, irremisible y fatalmente, a últimos del mes actual.

—No ha habido suerte.

—En absoluto. Este muchacho, tan buen actor, no le ha caído en gracia a la fortuna.

—¿Y quién va a sustituirlo en el feudo de «la Chelito»?

—Parece ser que una actriz.

—¿Su nombre?

—Es un secreto que he prometido guardar. Sin embargo, le daré algunos datos, y si usted lo descubre... Tiene nombre de flor; hasta hace poco era ex actriz; desde hace poco es ex modista, y cuando era actriz y cuando era modista se ponía en las tarjetas «Hortensia Gelabert».

—¡Basta! ¡No diga usted más! ¡María Fernanda Ladrón de Guevara!

—¡Justo! ¡Pero qué vista tiene usted!

—Ahora resulta que, después de tanta «Papurusa», Irene López de Heredia y Mariano Asquerino han perdido dinero en el Victoria.

—¿Qué me dice!

—Lo que usted oye. ¡Ande, para que se fiede «Papurusas»!





## Se necesita un extremo izquierdo

Por EDUARDO DALE

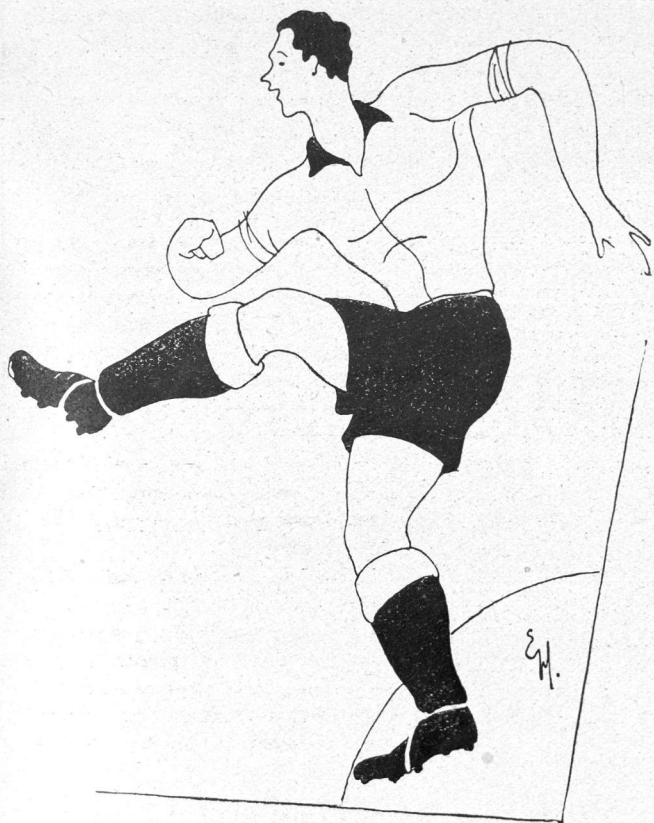
### El Comité de Selección

—¿Qué tal Peralta, de la segunda? Es un extremo izquierdo. ¿Se porta bien?

Las paredes del salón de sesiones eran de madera. Y Francisco Peralta, que había llegado algo tarde y estaba colgando el sombrero en la percha de la habitación contigua, oyó las últimas palabras.

Una sonrisa dilató sus labios. Sabía de qué se trataba. Era la última semana de la temporada, y como había dos vacantes que llenar, alguien le proponía para extremo izquierdo de la primera, aunque, en realidad, pertenecía a la segunda división.

—¿Qué Francisco Peralta?—oyóse otra voz, que



hablaba en tono de desprecio—. De los cuarenta y dos jugadores del Club, es el último a quien pondría en la primera división. Muchacho egoísta, nunca suelta la pelota cuando la coge y no tiene la menor noción del fútbol.

Siguió un penoso silencio.

Peralta dió medio paso hacia la puerta y se detuvo. Su rostro expresaba enojo. Había identificado la voz: era Moreno, el "centre half" del Club Azuleños, con quien nunca hiciera buenas migas.

—No soy egoísta—murmuró—. Es una mentira.

Una carcajada escapóse de los labios.

—Estoy bien castigado por escuchar detrás de la puerta. Será mejor que no entre ahora. Pueden darse cuenta de que he oído lo que decían de mí.

Se fué a una habitación contigua, donde varios socios jugaban al billar. Minutos después regresó y penetró en la sala de sesiones.

Presidía la mesa Germán, el entusiasta presidente. A su izquierda encontrábase Mariano González, capitán de la primera división y el mejor delantero centro que el Club había tenido desde hacía años. Estaban presentes algunos otros miembros del Comité.

Francisco sentóse en la única silla desocupada, en el extremo de la mesa.

—Discúlpenme que haya llegado tarde—dijo—, pero hace apenas media hora que me encargaron representar ante ustedes a la segunda división.

—No importa. Ocupe su lugar—repuso el presidente, con una sonrisa de bienvenida—. Lamento que no

haya podido acudir el capitán de su equipo. Necesitamos a un miembro de su "team" para la primera división. Tal vez pueda usted ayudarnos a elegirlo.

Moreno aplicó un codazo al que estaba sentado a su lado.

—¿A que se ofrece él mismo para "outside" izquierdo?—murmuró.

Germán consultó sus papeles.

—Aún nos quedan dos partidos que jugar—declaró—. El jueves, a la tarde, nuestro partido anual amistoso con Estudiantes, y el sábado, el último "match" de la Liga con Barraqueños Unidos.

—Tenemos que ganarlos, pero sobre todo, el último—intervino un miembro del Club—. Si los Barraqueños triunfan o empatan conservarán el primer puesto y se quedarán con la copa; en cambio, si nosotros ganamos seremos los campeones de la Liga.

—Nuestro equipo—prosiguió Germán—falla por el lado del medio y del extremo izquierdo. Para el "half" recurriremos a la intermedia, que puede suministraros uno bueno. Ahora bien, entre ustedes, los de la segunda, ¿habría algún extremo bastante veloz?

Peralta sintió que los colores le subían a la cara. Hubiera querido ocupar esa vacante, pero le resultaba incómodo proponerse a sí mismo. ¿Por qué no estaría allí su capitán?

—Tenemos al pequeño Sánchez—dijo—, nuestro extremo izquierdo. Es bueno, aunque le falta un poco de coraje. Y a Valentín Rojo, el medio, que reemplaza al extremo cuando está ausente.

—¿Quién es el extremo de ustedes?—interrumpió le Germán—. ¿Sirve o no?

Francisco dudó antes de contestar.

—Soy yo—dijo.

Siguió un breve silencio.

—El primo de Peralta—intervino Moreno—, Valentín Rojo, es el hombre que necesitamos. Como extremo es formidable.

—¿Lo cree usted?—preguntó Mariano González, no del todo convencido—. A mí no me parece cosa del otro mundo.

—¡Oh! Es que usted no le ha visto últimamente. El sábado pasado portóse como un campeón, a diferencia del extremo izquierdo, que parecía en la luna... ¡Oh!, discúlpeme, Peralta, me había olvidado de que usted estaba aquí.

—No es nada, Moreno—repuso Francisco con una sonrisa—. Lamento que me atribuya la culpa de los goles perdidos. Hice lo que pude.

Se produjo un embarazoso silencio, que el presidente interrumpió al fin:

—En ese caso pondremos a Valentín Rojo de extremo izquierdo para el jueves. Veremos cómo se porta.

Cinco minutos después levantóse la sesión, y Germán, tomando a Moreno del brazo, le llevó a un lado.

—Conviene que cuide un poco sus palabras—le dijo, en tono de reproche—. Usted ha hecho mal en criticar el juego de ese muchacho en presencia suya y de todos nosotros.

—Lo lamento—repuso el interpelado—. Me olvidé de que estaba presente. Pero, con todo, declaré la verdad: Peralta es un conejo.

—Sí, ya sé que ustedes no son buenos amigos. Es inútil seguir hablando sobre el asunto.

Francisco se fué a su casa en un estado de completa desesperación. ¿Sería cierto que el sábado el equipo había perdido por su culpa? Había creído que la debilidad del "team" estaba en la línea trasera, en su primo, Valentín Rojo, que jugó como un "chambón" por haber pasado toda la noche anterior de juerga.

—Moreno y Rojo son íntimos—díjose el joven futbolista—. ¿Será por eso por lo que le dió la mano para que pasara a primera división?

Cuando llegó a su casa robusteciéronse sus sospechas. Valentín estaba conversando con su padre en la sala. Tanto Francisco como Valentín trabajaban en la oficina del padre del primero; pero Rojo no era una visita frecuente en la casa de su tío.



(Continuación)

### Madrid

La provincia de Madrid tiene montes muy elevados y posee aguas medicinales de gran valor, como las de Carabaña y Loeches; tiene vegas feraces, como las de Aranjuez; produce cereales, vinos, aceite, etc. Son ciudades importantes: la capital, Aranjuez, Alcalá de Henares, cuna de Cervantes; Getafe, Torrelaguna, etc.

La capital, Madrid, es la capital de España, bellísima población de un millón de habitantes, con hermosas avenidas, bellos palacios y notables museos, entre los cuales son dignos de especial mención el del Prado (de pintura) y el Arqueológico. Es también muy notable la Biblioteca Nacional.

### Toledo

La provincia de Toledo es montañosa en su parte septentrional y meridional, con valles y dehesas muy fértiles, y en el centro y sureste tiene llanuras y vegas. Sus principales ciudades son la capital, con sus célebres monumentos (la Catedral, el Alcázar, Santa Cruz, la Casa del Greco); su fabricación de armas blancas y joyería; Talavera de la Reina, famosa por su cerámica; Puebla de Montalbán, Orgaz, Ocaña, etc.

### Ciudad Real

La provincia de Ciudad Real es la tercera de España por su extensión; casi toda ella está enclavada en las dilatadas llanuras de la Mancha; produce cereales, vino, aceite, ganadería, hierro y plomo. Son poblaciones importantes: la capital, Valdepeñas, con sus renombrados vinos; Almadén, con sus célebres minas de azogue; Almagro, Alcázar de San Juan, Almodóvar del Campo, Manzanares, etc.

### Cuenca

Cuenca es una provincia montañosa, agrícola y ganadera; y en la cima de una montaña, en extensa planicie, hay la llamada Ciudad Encantada, verdadera maravilla de la naturaleza, producida por la erosión o desgase de las rocas y terrenos. Sus principales poblaciones son: la capital, Belmonte, Minglanilla, Huete, etc.

### Guadalajara

Guadalajara es una provincia agrícola; cosecha cereales, cáñamo, vinos, aceites y las ricas y afamadas mieles de La Alcarria. Son poblaciones importantes: la capital, con un buen campo de aviación y talleres; Sigüenza, Brihuega, Pastrana, Cogolludo, etc.

*Castilla la Nueva.—Notas históricas.*—En 1606, Felipe III traslada definitivamente la Corte de Valladolid a Madrid. En 1808 se produce en Madrid el alzamiento del Dos de Mayo.

Felipe II, en 1560, había trasladado su Corte de Toledo a Madrid y Valladolid. Toledo fué Corte desde los tiempos de Leovigildo (568).

(Continuará)

(Continuará)

# COMPañIA TELEFONICA NACIONAL DE ESPAÑA



## AL SERVICIO DE NUESTROS ABONADOS

Para que nuestros abonados presentes y futuros encuentren la máxima comodidad y rapidez en sus relaciones con esta Compañía hemos creado el nuevo Servicio de Unidades, implantándolo de momento en nuestras oficinas comerciales de Madrid y Barcelona.

Este Servicio de Unidades consiste en un grupo de señoritas, cada una de las cuales tiene a su cargo 2.000 números de teléfono, con la exclusiva misión de atender a los abonados correspondientes, cooperando con ellos y facilitándoles la resolución de cualquier asunto relacionado con esta Compañía.

La actuación de estas empleadas se refiere principalmente a asuntos de índole comercial, aunque están capacitadas para recibir reclamaciones o suministrar informes sobre nuestros servicios.

Para ponerse en comunicación verbal con el Servicio de Unidades, los abonados deben marcar 04 y dar su número de teléfono a nuestra operadora.

El Servicio de Unidades no substituye a los Servicios de Información, 03, y Averías, 02, que deberán seguir usando los abonados en la forma acostumbrada.

## Corresponsales administrativos de CIUDAD en provincias

LIBRERIA BARBA VERGARA, 9 SAN SEBASTIAN	MATILDE CALZADA CADIZ	MARGARITA CIFRE PALMA DE MALLORCA
LIBRERIA HERMIDA QUIOSCO FRENTE AL INSTITUTO EL FERROL	JUANA TORRES DE LA CAL VALLADOLID	TERESA IRALA DE SIMON BILBAO
G. MOLINA GOMEZ BALLESTEROS, 4 VALENCIA	ENRIQUE GUERRA MARTOS CORDOBA	IGNACIO RODRIGUEZ SOLA PAMPLONA
UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES CALLE DE LA UNION, 19 BARCELONA	LIBRERIA MANUELA MARIÑAS LA CORUÑA	LUIS MARTIN GUADALAJARA
JOSE PABLOS GALAN ISLA DE LA RUA, 1 SALAMANCA	SOCORRO GUEIMUNDE SANTIAGO DE COMPOSTELA	ALFONSO RAMIREZ PAMPLONA
JOSE MANTECA ORTIZ SEVILLA	JULIAN MERINO ATARAZANAS, 7 SANTANDER	JOSE RODRIGUEZ SANCHEZ MURCIA
	VIUDA DE LISARDO CASTRO ORENSE	
	JULIAN PAREJA TOLEDO	JOSE BELMONTE CARTAGENA